

BOTTIGER, *Racemationem zur Garten-Kunst der Allen.*

§ 83. AGRICULTURA.

No será fuera de propósito hacer en esto una ligera digresion para hablar un poco de agricultura. La historia sagrada nos la representa como en uso entre nuestros primeros padres;

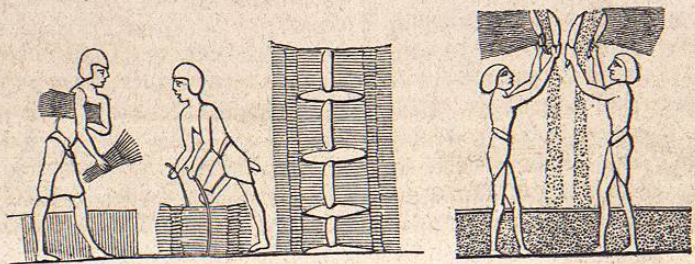


El libro de Ruth nos enseña principalmente las costumbres agrícolas de los Hebreos.

En cuanto á los Griegos, Hesiodo en sus *ἔργα καὶ ἡμέραι* nos habla de la reja del arado, de su esteva, del carromato, del rastrillo, de la hoz, del agujon, y nos dice tambien que araban las tierras tres veces al año, en otoño, en la primavera, y ántes de la siembra. No habla de los abonos, pero mas tarde Teofrastes nos indica la mezcla de las tierras y de sus abonos. Muchos son los griegos que han tratado de la agricultura (*Geoponici*); sus obras se han perdido, pero hacen memoria de ellas Plinio, Suida, Fabricio. Varron, *De re rustica*, queria enseñar á los Romanos las prácticas de los Griegos, de los Itálicos y de los Cartagineses, á los cuales Magon dió preceptos de aquel arte. Entre los latinos



han escrito de agricultura Columela, Caton, Plinio, Paladio, Virgilio, los cuales han atestiguado que habia llegado á un alto grado de perfeccion. Los bueyes tiraban el arado, y en los últimos tiempos de la República, se aprendió



y no tardó en verse en Palestina la division de tierras con vallados y zanjas y montones de piedras, y la maldicion echada contra cualquiera que trasplantára los confines, y el arado. En los monumentos egipcios hallamos las figuras que nos representan el arar, el sembrar, el segar, el echar el trigo, y damos estas figuras á continuacion.

dió de los Galos cisalpinos á ponerle ruedas. Era conocida toda especie de fiemo, excepto la marga. Las cloacas y los gallineros daban con abundancia el *letamen*. Sembraban centeno y legumbres para volcarlos inmediatamente despues de su florescencia; quemaban los rastrojos en los campos, y dejaban á los animales cercados en ellos al descubierto.

En su principio la cebada era el grano mas comun; luego se dejó para los caballos subrogándole el *farro*. De él nos indica Columela cuatro especies, y Plinio lo llama *muy duro*, porque resistia al invierno, y venia en lugares húmedos y arcillosos, lo mismo que en los secos y los calientes. Es desconocida hoy dia aquella planta, pero se parecia á la cebada del mes de marzo. Cultivaban ademas el trigo, le *siliga* ó grano blanco, el *tremas* ó grano trimestrial. En los alrededores de Verona y Pisa, y en la Campania, la espelta, el mijo y el panizo. No era muy querido el centeno, y solo los países subalpinos lo mezclaban con el farro para hacer pan. En punto á hortalizas casi eran conocidas todas las que se conocen hoy, y se cultivaban con el mayor esmero las colés en los vergeles que habia al rededor de Roma. Habia prados muy extensos, por lo necesario que eran á los ganados y caballos; para cuyo uso se segaba igualmente el centeno en estado de yerba, la alfalfa, el forraje griego, y el farago, mezcla de yerbas de los prados.

Se conocian muchísimos vinos muy exquisi-

tos: y la vid se cultivaba ó dejándola caer, ó sujetándola con estacas, ó arreglándola en forma de emparrado, ó atándola á los olmos, á los álamos y á los fresnos.

La aceituna, segun dice Plinio, no se conocia en Italia en tiempo de Tarquinio; pero Columela cuenta diez especies, y se llevaba aceite á todas las provincias.

Al paso que los Romanos iban conquistando los países extranjeros, les llevaban nuestras artes, y particularmente los adelantamientos agrícolas, rescatando por este medio los males de la guerra.

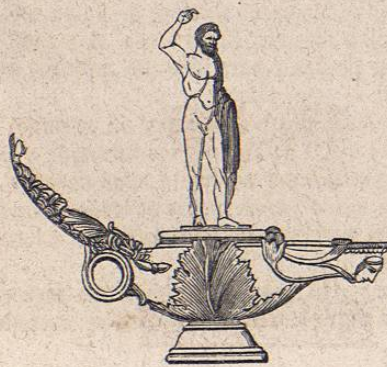
§ 84. MUEBLES DOMÉSTICOS.

Cenas romanas. Ocupaciones de cada dia.

Volviendo á las casas, consideraremos por último los muebles. Tambien en esta parte los Griegos mostraron el feliz concierto de la belleza con la utilidad, y prefirieron las formas geométricas; en lo cual fueron imitados por los Romanos. De donde resulta que sus muebles armonizan perfectamente con la arquitectura; solo que el destino de aquellos permite que se puedan emplear formas vegetales ligeras y partes animales para el adorno.

Su naturaleza especial contribuye á que se hayan conservado muy pocos; sin embargo, las ruinas de Herculano y Pompeya han suministrado bastantes: unos son de metal y de mármol; otros se ven pintados en las paredes y en las vasijas. Una ojeada que se dirija al Museo Borbónico es el mejor estudio que se puede hacer en esta parte de la anticuaria; y comparando los utensilios domésticos, sirve de complacencia el ver que superamos á los antiguos en la comodidad de tales objetos, así como ellos nos aventajan quizá en el gusto y en la delicadeza. Sin poder entrar en interminables pormenores, nombraremos algunos de los mas abundantes y notables.

Passeri, ademas de otros autores, publicó muchísimas *lucernas*, entre las cuales algunas eran de vidrio; pero estas abundan mas en las antigüedades de Herculano y Pompeya, y en todos los sepulcros de la Etruria y de la Campania. Pasando por alto la forma bien conocida, con asa, y uno, dos ó tres picos (*rostum μῦξα*) y con palabras y adornos, presentan á veces for-



mas de animales, miembros, vasos, etc. Ademas del agujero para derramar el aceite, suelen tener otro mas pequeño donde colocar el alfiler para atizar la mecha: otras tienen atado un ganchito para cortar la pavesa, pero no se ha encontrado el apagador. Muchas son importantes por sus graciosos relieves y sus inscripciones. Esta de bronce, con un sileno encima, es una de las mas hermosas. La que sigue, con el niño abrazado á una oca y que tiene dos mecheros (*dimyxos*), está en el Museo Borbónico.



Hay una con la figura de uno de nuestros incensarios, sostenida por un niño, donde se ve á la izquierda el atizador. Extravagante es



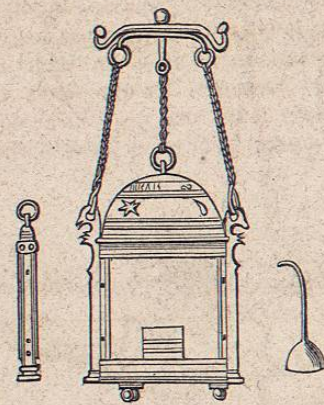
el pensamiento de la que va á continuacion y que da ademas la forma de un fuelle.

En Herculano y Pompeya se encontraron dos linternas de bronce con el apagador, provistas



á los lados de cuerno trasparente: trascribi-

mos una. La pieza de la izquierda servía probablemente para colgarla, y allí habrá estado el anillo con que el siervo podía llevarla.

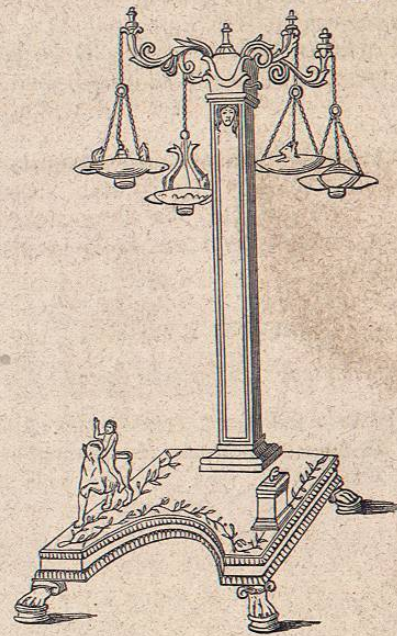


Los candelabros, ateniéndonos al nombre y á la definición de Varron, debían estar destinados á sostener las bujías; pero excepto uno encontrado en Nocera con la abertura en medio y algun otro con tubo vertical, los demas no parecen servir al efecto, y sí para sostener lucernas ó braserillos de perfumes.



Los candelabros se hacían bien de tierra cocida, bien de mármol ó de metales, adornados además con piedras preciosas; sus formas eran muy variadas y á veces el afán de la novedad conducía á la extravagancia. Damos ántes uno del Museo Borbónico, de dos brazos, con un Diógenes, y á continuación otro, encontrado en Pompeya, cuyo pilar sostiene cuatro lámparas. En el templo de Apolo Ysmenio, y en el

Pritáneo, en Tarento, los había de muchos brazos.



Las hachas, de que tan á menudo hablaron los autores, eran ramas de leña ó brancas de mimbre que ardían con la mayor facilidad, y á que ponían una capa de estopa y otros hilillos vegetales, impregnada de resina. Las ataban con mucha elegancia, y en esta figura



ofrecemos tres ejemplos. La mujer del medio está tomada de un vaso de tierra. El niño con alas que está á la izquierda, endormecido, se ve sobre un monumento fúnebre de Roma, con la inscripción *somnus*. El otro con alas también proviene de una piedra preciosa antigua, y representa el amor léteo.

Este refinamiento de formas no permitió estudiar el modo de mejorar las lucernas, y lejos de obtener la doble corriente como nosotros, ni siquiera sabían preservar las bóvedas del humo, que daña siempre sus hermosísimos colores ó relieves.

En Pompeya se halló también una alcancía, con una moneda dentro; además se encontra-

ron moldes de pasteles, instrumentos quirúrgicos, etc., etc.

Los vasos y los anillos son de tal importancia que hablaremos de ellos aparte; lo mismo sucede á los espejos. Ántes hemos trascrito á estas páginas un lecho; otro pequeño de mesa y un velador pueden verse en la figura que aquí presentamos, viniéndose también por ella



en conocimiento del modo como se estaba á la mesa.

Las cubiertas de cama valían en Roma precios enormes, y Marcial se burla de un hombre nuevo que se fingía enfermo, para que los que iban á visitarle vieran el lujo de su habitación. Las almohadas estaban llenas de lana fina, pero los colchones eran de paja ó de hojas de árboles, á que sucedieron luego la pluma de ganso, y para los ricos el plumon de los cisnes; por lo que algunos procónsules enviaban legiones enteras á recoger aquella preciosa pelusa, que se vendía á precios exorbitantes.

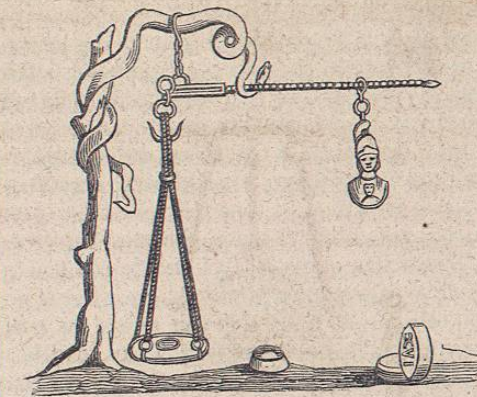
Las mesas se fabricaban de las maderas más finas; y Ciceron, que no era muy rico, tuvo una que valía 1.000,000 de sestercios (204,500 francos); Asinio Gallo otra apreciada en 1,000 sestercios más, y los Cétegos una de valor de 1.400,000 sestercios.

En el triclinio las mesas más usuales eran de tres piés. Cn. Manlio llevó del Asia Menor el uso de las redondas de un solo pié (*monopodium*). Á veces las hacían en forma de luna, adaptándoles un sofá de igual forma (*stibadium*). Los lechos de mesa eran tan altos como esta, y aun más, y cada uno podía contener tres convidados.

Se han encontrado algunos tenedores, pero muy raros: Caylus presentó uno de plata desenterrado á lo largo de la vía Apia; mas ¿cómo acertar su época? Horacio menciona á menudo el brillante salero paterno, considerado como sagrado á causa de la sal, pues se tenía por agüero funesto el derrame de esta.

Entre los platos, los más ricos y grandes para las mesas y sacrificios se llamaban *laxx* y *lan-cula*. De aquí el nombre de balanza. Cuando esta constaba de un solo plato, se denominaba *estatara*; una muy elegante se conserva en el Museo Capitolino (véase á continuación), y otras muchas en el Museo Borbónico.

Petronio Árbitro, en la novela titulada *Satiricon*, se puso á describir un tal Trimalcion,



hombre de muchísimas riquezas y de mucha esplendor, pero tan hinchado de soberbia como necio, que en concepto de algunos era Claudio y en concepto de otros Neron: en el nuestro más bien era el ideal de uno de los tantos lujuriosos de la Roma de entonces. El pedazo más notable de la obra (que en 1662 descubrió Marino Establejo de Dalmacia) es la cena de Trimalcion. Damos un extracto de ella, pero sin las muchísimas digresiones que la interrumpen, para poder presentar una noticia de las costumbres romanas, aunque con exageraciones, como suele suceder en las sátiras. Cuenta así un Galo, novicio en aquellos usos:

— ¿No sabéis por ventura en casa de quién hay francachela hoy? pues va á haberla en casa de Trimalcion, hombre magnífico, que en el comedor tiene un reloj y un trompeta (*dos esclavos que avisan la hora que es*), que saben recordarle todos los momentos que pasa en su vida. Por esto nos hemos arreglado con mucha prisa, y hemos dado orden á Giton, que nos había servido con la misma gracia que un criado, de que nos acompañara al baño.

Entretanto nos pusimos á dar vueltas para divertirnos, y á meternos en los círculos de los juglares, cuando de repente vimos á un anciano calvo con un balandran rojizo, que estaba jugando á la pelota con algunos muchachos que tenían el pelo largo. Y no fueron tanto los muchachos los que nos entretuvieron en aquel espectáculo, como aquel abuelo que se ejercitaba en jugar á la pelota calzado (*al revés de los demas, que se ejercitaban descalzos y en armilla*). Él no volvía á servirse de la pelota que había tocado á tierra, sino que había un criado que tenía un saco lleno, en que había cuantas podían necesitar los jugadores. Varias otras cosas nuevas vimos. Dos eunucos había colocados en distintos puntos del círculo, y uno de ellos tenía una jofaina de plata, y el otro contaba las pelotas, pero no las que durante el juego se echaban con las manos, sino las que caían en el suelo.

Y mientras estábamos admirando tanta mag-

nificencia, se nos acercó Menelao y nos dijo:

— Ese es el sugeto, en cuya casa iréis á comer. ¿No estáis viendo que de este modo empieza la cena? Aun estaba hablando, cuando el esplendísimo Trimalcion hizo tocar los dedos, y con esta señal un eunuco presentó una jofaina al jugador, el cual evacuó en ella su estómago. Luego pidió un poco de agua para lavarse las manos, y enjugó sus dedos mojados sobre la cabeza de un criado. Largo sería describirlo todo. Nos metimos en los baños, y en cuanto nos cubrió el sudor, pasamos al fresco.

Trimalcion, que estaba ya untado con pomada de la cabeza á los piés, se hacía entregar no con sábanas de lino, sino con paños de lana muy fina. Entretanto tres de aquellos pequeños médicos estaban tragando vino de Falerno en su presencia, y como estaban porfiando para saber cuál echaba mas, Trimalcion les decía que bebiesen tambien alegremente su vino. Envuelto despues en un lienzo de escarlata, le pusieron en una litera, delante la cual iban cuatro lacayos bien puestos, y una carreta de mano, en la cual llevaban á un anciano y legañoso, favorito, mas bruto que Trimalcion, cuyas delicias hacía. Llevado así y acompañado por armoniosos tocadores de flauta, se le acercó á la cabeza, y como si le hablara secretamente al oído, estuvo cantando en voz baja todo el camino. Nosotros, cansados ya de maravillas, veníamos detras, y junto con Agamenon (*el sofista de casa*), llegamos á la puerta, en cuya jamba había un aviso al público pegado con clavos y en el cual se leían estas palabras: *Cualquier esclavo que salga sin orden del dueño recibirá cien palos.*

Había en la entrada un portero con traje de color verde claro, con un cinturón de color de cereza, el cual estaba mondando guisantes en un barreño de plata. En el umbral de la puerta estaba colgada una jaula de oro, en la cual había una urraca de varios colores que saludaba á todos los que iban. Alocado con tantas cosas, poco le faltó para que me cayera volteado, con peligro de romperme las piernas, por causa de un perro que á la izquierda de la entrada contigua al cuartito del portero estaba pintado en la pared, atado con la cadena, un poco mas arriba del cual habían puesto estas letras, que tenían un codo de largo: *Cuidado con el perro.* Esto dió risa á mis compañeros, pero yo, despues de haber vuelto en mí, no dejé de andar lo largo de la pared. El punto en que se venden los esclavos, estaba enteramente lleno de pequeños avisos al público, y de retratos de Trimalcion, con cabellera, con un caduceo en la mano, en el acto de su entrada en Roma, y Minerva era la que llevaba las riendas. Mas allá estaba representado aprendiendo cuentos, y mas adelante en traje de tesorero; y el bizarro pintor había tenido buen cuidado de representar cada cosa con su inscripcion; y al fin del pórtico estaba Mercurio, que él ponía con una cara engraida en un elevado tribunal. Cerca de allí es-

taba la Fortuna con el cuerno de la abundancia, y las tres Parcas que estaban hilando copos de oro. Noté igualmente en el pórtico una banda de lacayos, que estaba enseñando un maestro. Ademas de esto, vi en una esquina un gran armario, en cuya jamba estaban puestos los lares, una estatua de mármol de Venus, y una cajita de oro grandecita, en la cual se decía que se guardaba su primera barba...

Á lo que íbamos á entrar en el triclinio, uno de los criados, al cual incumbía este cargo, echó á gritar: — « Con el pié derecho. » Nosotros nos temimos que alguno de nosotros no pasara con el contrario, pero habiendo entrado todos con el derecho, un esclavo desnudo se nos echó á los piés y se puso á rogarnos que le libráramos del castigo, pues no era considerable el delito por el cual se veía en peligro, habiéndole sido robado en el baño el vestido del tesorero, que escasamente podía valer diez sextercios.

Finalmente nos sentamos, y de los criados egipcios unos servían agua helada para lavar las manos, otros nos lavaron los piés, quitándonos con una diligencia de hombres versados todas las porquerías de las uñas. Y no cumplian aquel modesto cargo sin decir nada, sino que cantaban siempre con muy buen humor, lo cual me sugirió la idea de querer ver si cantaba toda la familia. Con este objeto pedí de beber, y he aquí que de contado se me presenta un jóven muy listo, que me regaló igualmente una insípida cancioncita; y otro tanto hacía cualquier otro, á quien se le pidiera esto ó aquello; por manera que se hubiera creído que era un triclinio de pantomimas, ó mas bien de padre de familia.

Nos sirvieron la menestra con espléndidos platinos, y cada uno se había arreglado ya, excepto Trimalcion, para quien, por una disposicion contraria á los usos, quedaba reservado el primer asiento... Su vaso era de metal de Corinto, y representaba un asnillo con una joroba, en la cual había en una parte aceitunas blancas, y en la otra negras. El asnillo llevaba encima dos tazas, en cuyas orillas se leían el nombre de Trimalcion, y el peso de la plata. Había tambien puentecillos soldados, que sostenían lirones condimentados con miel y adormidera, y salchichones muy calientes asados en las parrillas, arreglados con ciruelas de Siria y chochos de granada.

En medio de tanto regalo nos veíamos, cuando Trimalcion, llevado á son de la música, y puesto sobre unas almohadas muy pequeñitas, movió á risa á algun imprudente; porque le veía salir una cabeza calva de una capa de púrpura, y al rededor del pescuezo cargado con aquel vestuario, tenía una corbata guarnecida de oro, cuyas puntas colgaban por acá y allá; llevaba tambien en el dedo pequeño de la mano izquierda una grande sortija dorada, y en el último artículo del dedo contiguo otra de menor tamaño, mas toda de oro, segun me pa-

rece, pero soldada con herretes en forma de estrellas. Y no contentándose con hacernos ver únicamente estas riquezas, descubrió su brazo derecho, adornado con brazaletes de oro atados en un cerquillo de marfil con tablitas brillantes. Despues de haberse limpiado los dientes con un cepillo de plata: — « Amiguitos (nos dijo), no tenía intencion de venir todavía al triclinio, mas para no haceros esperar demasiado, he suspendido toda diversion. Dejadme sin embargo concluir cierto juego mio. »

Detras de sí tenía un muchacho con un chaquete de terebinto y dados de cristal, y, cosa de sumo gusto, noté que, en vez de peones blancos y negros, se servía de una moneda de oro y otra de plata. Miéntras que jugando había él destruido la ringlera opuesta, y que nosotros no habíamos concluido todavía la menestra y los platinos, trajeron una mesa con una cesta, en la cual había una gallina de madera con las alas extendidas en forma de círculo, como si estuviera empollando. Vinieron luego dos esclavos, y á son de la música se pusieron á buscar debajo la paja, y sacaron algunos huevos de pavo que distribuyeron á los convidados. Volviéndose entónces Trimalcion dijo: — « Amiguitos, he mandado que metieran debajo de esta gallina huevos de pavo; y temo, por el dios Baco, que tengan ya el feto. Probemos si están buenos todavía para beberse. »

Tomamos unos cuchillos que no pesaban ménos de média libra, y rompimos los huevos, que estaban hechos con pasta. Yo estuve casi para echar el mio, por haberme parecido que tenía ya el pollito; pero luego, oyendo que un viejo comensal decía que algo de bueno debía haber dentro, seguí rompiendo la cáscara y hallé un gordo becafigo, envuelto en la yema del huevo salpicado de pimienta negra.

Trimalcion había ya suspendido el juego, se había informado de todo, y en alta voz había propuesto á todos que volvieran á beber vino con miel, cuando de repente la orquesta dió una señal, y se quitaron los manjares del primer servicio por los mismos que estaban tocando. En medio de aquel ruido cayó casualmente por tierra una taza de plata, y un esclavo la recogió. Le advirtió Trimalcion, y despues de haber hecho abofetear al esclavo, mandó que la tirara.

Entraron despues dos llamados Etiopios, con pequeños odres, parecidos á aquellos de que se sirven para regar el anfiteatro, y sirvieron el vino con ellos, pues ninguno de ellos tenía agua. Aplaudido por tantos regalos como nos ofrecía el dueño, dijo: — « La muerte nos hace iguales á todos; » dió pues orden al jefe de los criados que señalara á cada uno su mesa particular, y añadiera: — « Hay demasiados criados aquí, y quitándolos nos disminuirán el calor. »

Luego trajeron botellas de vidrio cuidadosamente tapadas, que por la parte de fuera tenían un rótulo con este título: *Falerno del cónsul*

Opinio, de cien años. Miéntras estábamos nosotros leyendo los rótulos, Trimalcion, dando una palmada, exclamó: « ¡Cielos! ¡cielos! ¿con que vive el vino mas tiempo que el pobre hombre? Ya que la cosa es así, hagamos franchela. El vino es vida. Yo aseguro que este es verdadero vino de Opinio. Ayer no lo hice servir tan bueno, sin embargo de que fuesen mas esclarecidos los convidados. » Al paso que íbamos nosotros bebiendo y estábamos admirándonos de tan exquisitas magnificencias, un criado llevó una figura de plata compuesta de tal modo que por todas partes se le volvieran los artículos y las vértebras sin mas que soltarlas...

Despues de haber sido aplaudida, no tuvo, hablando con sinceridad, un alcance tan grande como se creía; la novedad cautivó sin embargo la vista de todos. Tenía la forma de una alacena redonda, y en su circuito tenía bien distintas las doce constelaciones, sobre las cuales el cocinero había puesto el manjar particular y conveniente á la figura; sobre Aries los de marzo; sobre Tauro un pedazo de búfalo; sobre Géminis granos de uva y riñones; sobre Cáncer una corona; sobre Leo un higo de África; sobre Virgo una vulva de marrana que criaba; sobre Libra una balanza que en un plato contenía una torta, y en el otro una galleta; sobre Escorpio un pescadito de mar que llamamos escorpion; sobre Sagitario un cangrejo de mar; sobre Capricornio una langosta de mar; sobre Acuario un ánade; sobre Piscis dos salmonetes. Y luego en el medio había un cespel de yerba cortada, con un panal de rica miel encima.

El criado egipcio llevaba el pan al rededor de la mesa en un azafate de plata, cantando tambien en voz baja y malísima una necia cancion sobre el laserpicio. Á nosotros nos fastidiaban aquellas trivialidades, pero Trimalcion nos dijo: — « Genemos, pues tal es el orden de la cena. »

Dicho esto, llegaron unos cuantos, que bailando un cuarteto á son de música, descubrieron la parte superior de la alacena, y entónces vimos por debajo, esto es, en otro servicio, panzas y mantecas al rededor de una liebre, que se parecía al caballo Pegaso; y en las esquinas de la alacena cuatro estatuas de sátiras, de cuyos vientres salía un licor de un gusto muy subido sobre los peces, que se veían nadar en el mar.

Aplaudimos todos, formando eco con los criados, y con alegría nos echamos encima de aquellas golosinas. Trimalcion igualmente satisfecho del buen orden: — « Trinchador, » gritó; y de contado el jefe de los criados se presentó, y á son de música con tal destreza despedazó las carnes, que se le hubiera tomado por un cochero en liza en medio del estruendo del órgano hidráulico.

En esto vinieron unos criaditos, que pusieron en el suelo cubiertas, en las cuales había redes pintadas, y cazadores con picas, y un aparato com-